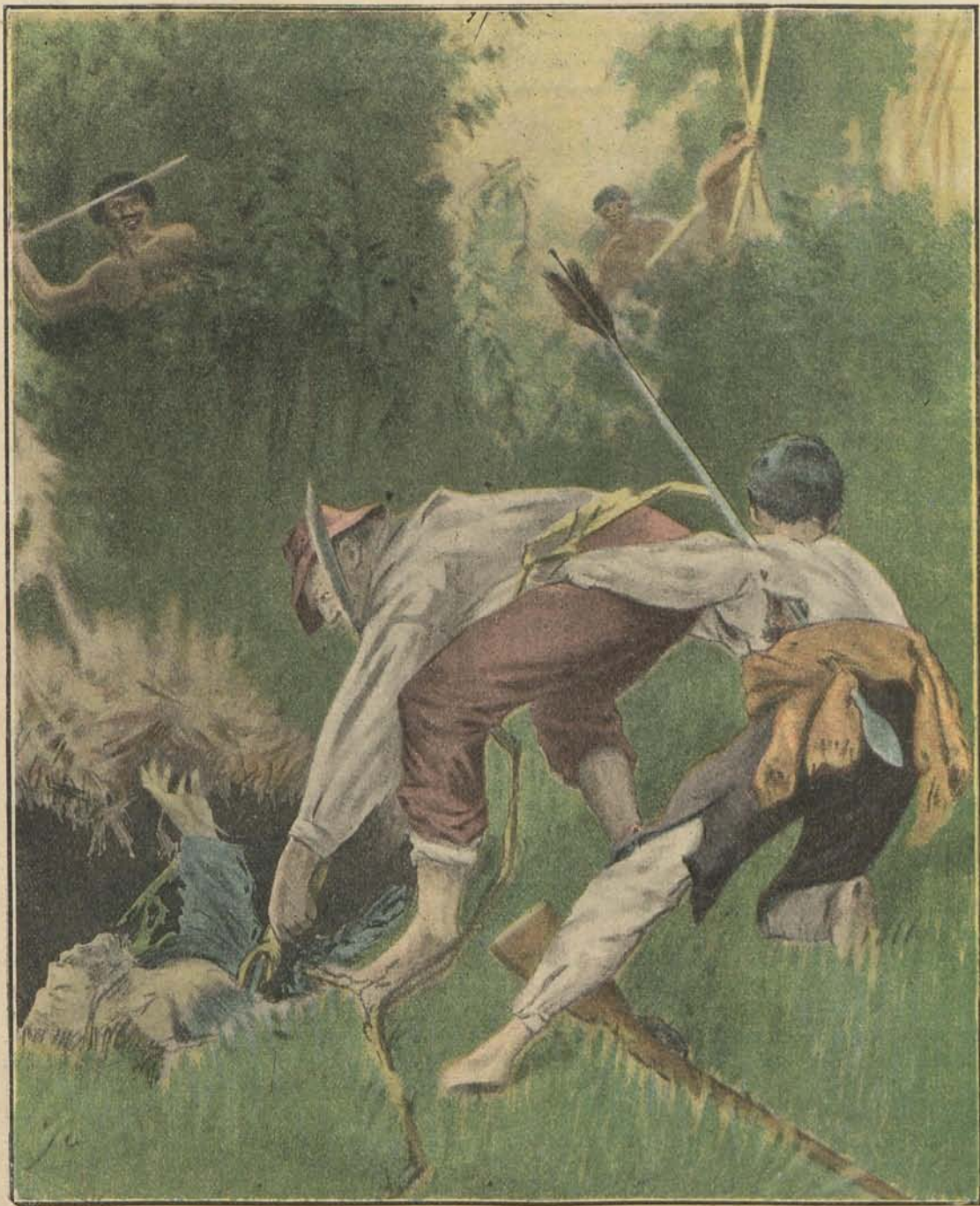


DE TODAS PARTES

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26.-Barcelona



—Ya le tengo,—dijo el español.

Precio: **10** céntimos

Núm. **8**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año. 5 ptas.

Un semestre. 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO

Un año. 10 ptas.

Un semestre. 5'50

Año I

Barcelona, 29 de junio de 1907

Núm. 8

Nuestra cubierta

Los pieles rojas.—Las diversas tribus de indios que poblaban la América Septentrional que por efecto de las disposiciones del gobierno de los Estados Unidos fueron rechazados hacia el interior, para que su territorio fuera ocupado por los emigrantes que sin cesar iban estableciéndose allí, no pudieron avenirse con aquella invasión de sus praderas, de sus bosques, de sus montañas y disputaron durante muchos años á los *squatter*, que se establecían, el suelo donde habían nacido.

Los *pieles rojas* fueron disminuyendo también, pero todavía los que quedan aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para vengarse de los europeos.

No hace muchos años, que formando parte de una de aquellas caravanas de emigrantes iban dos españoles que ansiosos de ver si en el Nuevo Mundo alcanzaban mejor suerte que tuvieron en el viejo, se unieron á unos ingleses que iban á establecerse en el Far-West.

Elegido el sitio, formadas las viviendas y ordenadas las defensas de la nueva plantación, empezaron los trabajos, la suerte les protegió, y más de una vez tuvieron que rechazar las traidoras acometidas de los indios.

Por efecto de estos hechos, adquirieron profundo conocimiento de las costumbres y manera de combatir de sus enemigos.

Sin embargo, la astucia de estos les engañó una vez, y aun cuando en el ataque de la plantación fueron rechazados, se llevaron en su huida dos de las mujeres que había allí, una de las cuales era la prometida de Rosendo que así se llamaba el mayor de los dos españoles.

—Yo la salvaré,—dijo Rosendo á su amigo Emilio.—Esta noche iré en busca de los raptos.

—¿Tú solo?—dijo Emilio.

—No quiero que se comprometa nadie por mí.

—Yo quiero acompañarte y no te opondrás á ello. Juntos hemos venido á este país y juntos hemos de arrostrar todos los peligros.

Apenas hubo cerrado la noche, Rosendo y Emilio, acompañados por el criado del primero, perfectamente armados, emprendieron la marcha en busca de los indios.

Estos, habían presumido que no tardarían los europeos en ir en busca de las mujeres y abriendo diversos agujeros en el suelo á manera de trampas, los cubieron de hojarasca para engañar á sus enemigos.

Alerta estaban cuando Rosendo y su amigo llegaron á su residencia de las montañas.

De pronto, Rosendo lanzó un grito y desapareció en una de aquellas trampas. Al mismo tiempo, los indios ocultos entre las peñas y los árboles, empezaron á disparar flechas sobre sus enemigos.

Emilio quiso acudir en auxilio de su amigo cuando oyó la voz de éste que le decía:

—Déjame. Ponte en salvo. Hemos sido descubiertos.

El criado quiso lanzarse en socorro de su amo, pero una flecha le alcanzó y no pudo reprimir un grito de dolor.

—Cógete á mí,—le dijo Emilio, á la par que se inclinaba para apreciar la profundidad del agujero.

Pero Rosendo, aunque magullado por la caída, había tratado de salir á la superficie y Emilio pudo coger su mano.

—Ya le tengo, Tom,—dijo el español al criado que se había agarrado á él.

Poco después, Rosendo podía poner el pie en terreno firme y disparar su rifle contra los indios.

En aquel momento llegaban á la carrera todos los hombres de la plantación, que al enterarse de la marcha de los españoles, acudían en su auxilio y con el apoyo de estos pudieron castigar á los raptos y salvar las dos mujeres aprehendidas.



DE LA MUERTE Á LA VIDA

Era el año 1649. El rey Carlos I de Inglaterra, una vez entregado por los escoceses y en poder de Cromwell, no podía esperar gracia alguna.

La persecución contra los fieles servidores del rey, había tomado un carácter terrible.

Jacobo Dudley, uno de los más leales amigos del monarca, después de haberle acompañado

prisión del monarca, llegó á la granja Jacobo, que después de abrazar á su esposa, no se entretuvo si no para decirle que se dispusiera á partir. Cambió de traje, y por caminos extraviados consiguieron llegar á un pequeño puerto, donde les esperaba un barco, en el cual, Jacobo había concertado ya el viaje.

Dos años antes, había marchado á América Patrick, hermano de Catalina, que habiendo muerto en un duelo á uno de los enemigos del



en su fuga á la isla de Wight, al verle ya en poder de su implacable enemigo, pudo escapar, arrojando mil peligros, y corrió al lado de su esposa que había buscado refugio en la alquería de uno de sus antiguos servidores.

Acongojada y temblando siempre por la vida del esposo querido, Catalina, que así se llamaba la esposa de Jacobo, á cada momento esperaba recibir la noticia de su muerte.

Un día, precisamente el mismo en que supo la

rey, se vió obligado á escapar para librarse de la muerte. Se estableció en las nuevas colonias de Massachussets y Connecticut, donde, según había notificado á sus hermanos, estaba en camino de hacer fortuna.

Allí era donde iban Jacobo y su esposa.

La navegación fué favorable durante algún tiempo, más, cuando ya creían estar próximos á llegar á aquella América, refugio de tantos desgraciados, una violenta tempestad arrastró



el barco contra unas rocas, sin que todos los esfuerzos de la tripulación y la pericia del capitán consiguieran salvarle.

Jacobo y su esposa pudieron apoderarse de un bote, y por espacio de dos días fueron navegando á la ventura.

Al cabo de ellos, consiguieron descubrir una costa sembrada de pequeños islotes que hacían su acceso bastante difícil.

doles su territorio, cogieron á Catalina y fueron á presentarla al jefe de la tribu.

Prendado éste de la hermosa joven, hizo que la condujeran á su cabaña.

Aquella tribu, nómada como muchas de ellas, había llegado hasta aquel sitio porque era la época de la caza de los bisontes.

Los dos individuos á quienes vieron Jacobo y su mujer, habían llegado hasta aquella part



En uno de estos islotes, distinguieron dos indios que parecía les hacían señales de que se aproximaran, indicándoles el modo de evitar el peligro entre aquellos escollos.

Jacobo dirigió la fragil embarcación del modo que le indicaban, y poco después podían saltar á tierra llenos de gratitud á los que les habían salvado.

Pero una vez allí, los indios, que no podían perdonar á los ingleses que fueran arrebatán-

de la costa para dedicarse á la pesca, y merced á esta circunstancia pudieron ver á los náufragos. Al comprender Jacobo lo que el jefe de la tribu pretendía de su esposa, quiso defenderla, consiguiendo solamente perder el sentido por efecto de los golpes recibidos y quedar abandonado cerca del río, mientras la tribu indiana se alejaba de allí. Pocas horas después llegaba á aquel sitio un grupo de colonos de Connecticut, que también iban para la caza del bisonte.

El que capitaneaba á los cazadores era Patrick, el hermano de Catalina.

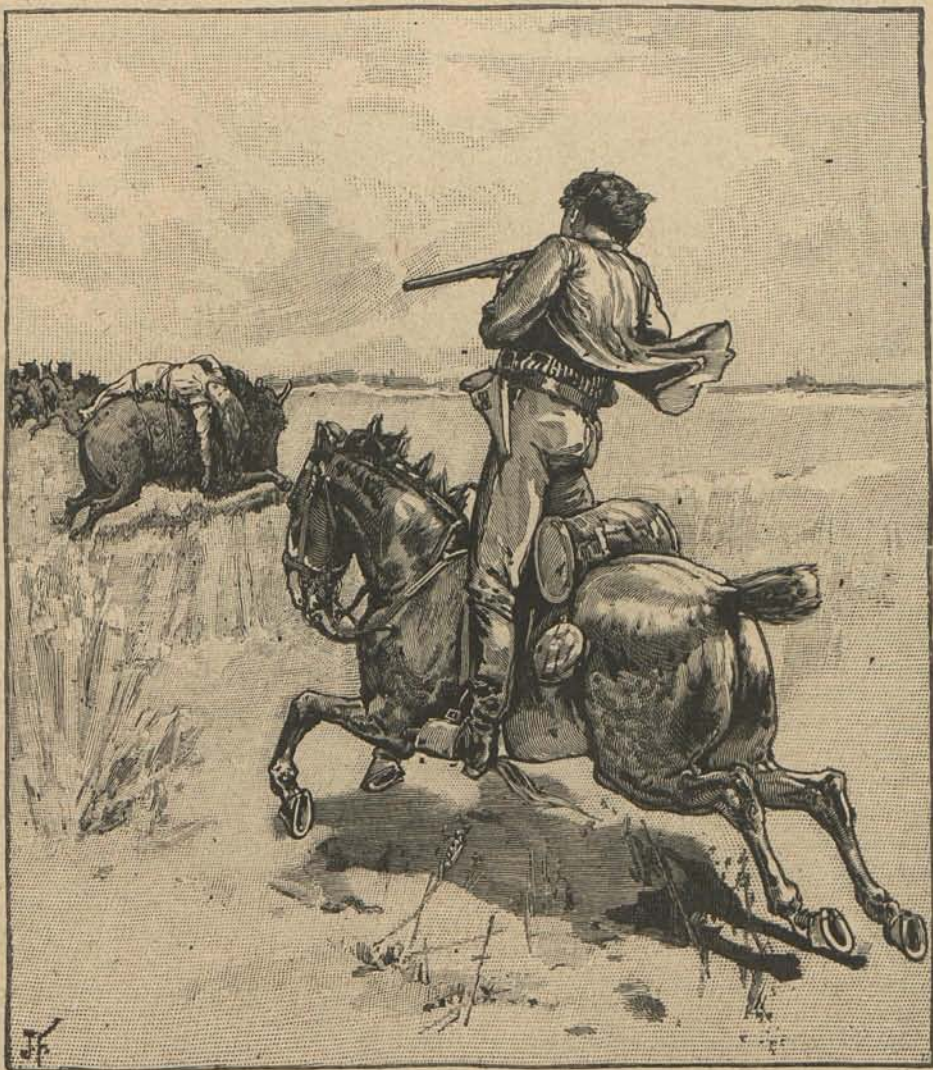
Vió aquel hombre en tierra, se aproximó á él, reconoció á su cuñado, y cuando al cabo de un buen rato de prestarle auxilios pudo volver en sí, refirió al colono lo ocurrido.

Patrick conocía perfectamente las costumbres de los indios, y confiando el cuidado de Jacobo á sus compañeros, partió inmediatamente en

llevaba atada sobre el lomo una mujer. La idea de que pudiera ser su hermana, le llenó de espanto, pero apretó más al caballo, y se acercó lo suficiente para con su ejercitada vista, conocer que era Catalina.

Entonces, á muerte ó á vida, se echó el fusil á la cara, y, con pulso sereno, disparó.

El bisonte, al sentirse herido, lanzó un mugido terrible y quiso aumentar la velocidad de



seguimiento de los raptores de su hermana.

Penetró en la inmensa llanura, y después de algunas horas de marcha, parecióle distinguir á lo lejos, una masa oscura que creyó serían los enemigos que buscaba.

Clavó las espuelas en los hijares de su cabalgadura que partió á galope, cuando lleno de horror, pudo distinguir que aquella masa que juzgó los raptores de su hermana, era una manada de bisontes, á cuyo frente iba uno que

su carrera. Pero otro nuevo balazo le hizo caer y Patrick pudo aproximarse.

Efectivamente, era Catalina, que no queriendo ceder á las exigencias del indio, fué condenada por éste á aquel suplicio, dando libertad á uno de los bisontes que habían cazado, atando á su cuerpo la infeliz esposa de Jacobo.

Socorrida por su hermano, la condujo al lado de su esposo, que, más tarde, curado de sus heridas, se estableció en la posesión de su cuñado.

LA CAMPANA DEL MERCADER

Corría el domingo de Cuasimodo del año de gracia 1377. Era una hermosa tarde de primavera, y maese Jaime Gauthier, hijo del corregidor de la buena ciudad de París, viajaba alegremente en una blanca yegua normanda de mucha alzada y mejor estampa. Encaminábase maese Gauthier, con una maleta llena de dinero, y por lo que parecía, sin temor alguno á malos encuentros, á la feria de Argentan para comprar una buena partida de los hermosos encajes llamados de *punto de Argentan*, pues era el encargado de suministrar aquel artículo á la corte del rey Carlos V.

Acercábase la noche á más andar y Gauthier no había traspuerto todavía los límites del Perche; de manera que faltaban aun cuatro ó cinco leguas para llegar á Argentan.

Mientras estaba examinando el terreno para dar con el atajo, reparó Gauthier en un campesino normando que estaba haciendo poda de unos manzanos á la orilla del camino, á pesar de la ley eclesiástica, que prohíbe trabajar en domingo, y se detuvo para decirle:

—¡Eh, villano! ¿Se puede atravesar el bosque de Gouferne por la izquierda?

—Lo mismo por la izquierda que por la derecha, con tal que primero se celebre una novena en honor á la Virgen,—respondió el campesino.

Gauthier espoléo fuertemente á la yegua, que, en consecuencia, echó á correr á galepe.

Nada de supersticioso tenía Gauthier, y por consiguiente, se dirigió al bosque sin vacilar. Llevado de las poéticas impresiones que producía en su ánimo aquella noche de primavera, extasiábase con la suave armonía del cielo y de la tierra, dominado por una idea muy halagüeña, pues había contraído esponsales con la hermosa Juana de Beaumont, hija única de un presidente del Parlamento de París, y á su re-

greso de la feria de Cuasimodo debía celebrarse el casamiento.

Llegó, finalmente, Gauthier á la espesura del bosque. Mas, habiendo distinguido, á pocos pasos de distancia, una especie de sombra mujeril, desgredada, medio desnuda, y al parecer, fugitiva, se santiguó apresuradamente y echó á correr á galope.

Aunque había contado con salir del bosque de Gouferne en media hora, hacia más de una que lo estaba cruzando, como si efectivamente el diablo le hubiese tomado por su cuenta. Recordaba con este motivo las palabras del campesino

normando, y su imaginación andaba más veloz que la yegua, cuando de repente desapareció la blanca sombra femenil entre un grupo de tiernas hayas. Detúvose Gauthier procurando reprimir el aliento; palpitábase el corazón con violencia, y experimentaba cierto sentimiento de miedo y de curiosidad. Luego se puso á escuchar atentamente, creyó oír algunas palabras en castellano, y no siéndole del todo desconocido este idioma, porque había militado con Duguesclin en España en tiempo de las guerras del de Trastámara, le pareció que decían:

—Nuestro es el tercer mercader de Pa-

ris: la tribu de Isacar pagará los esponsales del hijo de Iram.

Algún hecho extraordinario estaba ocurriendo, sin duda, en la especie de gruta de donde salían aquellas palabras. Había tres hombres de color trigueño que estaban agachados en torno de una hoguera y atizando la llama con hierbas olorosas: su fisonomía tenía una expresión oriental y de sus cinturones pendían unos puñales con el mango guarnecido de piedras preciosas que reflejaban la luz de la hoguera... Apenas hubo entrado en la gruta la muchacha y pronunciado las palabras de cuyo sentido creyó Gauthier haberse hecho cargo (pues la sombra que había visto el hijo del corregidor era, en realidad, una joven de blanca tez y bien



parecida), levantáronse los tres hombres indicados, llevaron la mano á sus cinturones para asegurarse de que estaban bien sujetos sus puñales y se aprestaron á salir, haciendo una seña á la muchacha. Acercóse ésta á uno de ellos, inclinó su flexible talle, recibió un beso en la frente, pronunciando en voz baja estas palabras:

—Padre mío: malo es el agüero cuando hay sangre en el dinero.

Estos hechos ocurrieron con mucha rapidez. Sobrecogido de espanto al oír las últimas palabras, Gauthier hizo retroceder á su cabalgadura; pero la suma oscuridad de la noche concluyó por extraviarle en la maleza.

Más le valiera, sin duda, al antiguo compañero de Duguesclin, hallarse en un campo de batalla que perderse de noche en el bosque de Gouferne y verse rodeado de asesinos, pues ni acertaba á reconocer el sitio donde estaba ni tenía medio ninguno para averiguarlo. Calculando que sus perseguidores no se proponían quitarle la vida, sino el dinero, concibió la idea de abandonarles la maleta, si llegaban á estrecharlo demasiado, y aunque espoleando á su normanda salvó en un instante un estrecho de trescientos pasos y se halló en un sendero trillado, ni sabía á dónde se dirigía éste, ni podía dar con un indicio que le llevase á Argentan.

Dominado por la desesperación más violenta, el pobre Jaime Gauthier hizo voto de consagrar una suma de importancia á la iglesia de San Germán de Argentan si llegaba á escapar de los asesinos que iban á alcanzarle... y apenas hubo formulado el voto, oyó á lo lejos una campanada. Eran las campanas del convento de Argentan que tocaban para que los religiosos se retirasen á sus celdas.

Tranquilizado por este hecho, tomó el camino que parecía indicarle el ruido de las campanas y en pocos minutos se vió fuera del bosque, y á breve distancia de la aldea de Silly. Recobróse del pasado susto, y aunque podía detenerse y pedir asilo al castellano del lugar, prefirió seguir su camino, porque sólo distaba media hora de Argentan, á donde llegó, por fin, á eso de las diez menos cuarto.

La plaza pública, situada en las cercanías del castillo, estaba cuajada de titiriteros. La ciudad presentaba el aspecto más alegre y los buenos habitantes disfrutaban de los espectáculos que se les ofrecían gratuitamente. Maese Jaime Gauthier se hizo acompañar á la posada del

Punto de Francia; pero, en el momento mismo de llegar á ella, la yegua normanda cayó muerta en el suelo y el viajero fué alojado en un aposento donde le estuvieron velando dos médicos toda la noche.

Al otro día se celebró la feria con mucha animación. Hacía un magnífico tiempo de primavera, los encajes de Argentan se vendían á precios exorbitantes, y entre los comerciantes de París se echaba de menos á dos que no habían llegado todavía, no obstante haberse puesto en camino antes que Gauthier.



Este tuvo un principio de congestión cerebral; pero después de haber recibido una sangría se halló en estado de hacer sus compras, y habiéndose proporcionado otra caballería, salió de Argentan juntamente con otros mercaderes.

Pocos meses después, Gauthier celebró su casamiento con la hermosa Juana de Beaumont, y deseando cumplir el consabido voto, llamó á algunos maestros compañeros de Lorena, á quienes encargó la fundición de una campana de 3,500 libras de peso. Esta campana fué bendecida en 5 de mayo de 1378 bautizada con el nombre de María de España, condesa de Alençon, de Etampes y del Perche, siendo padrino el obispo de Séz. Día de piedad y de fiesta fué el de la bendición; pero desgraciadamente, debía terminar con un suplicio.

Había una apuesta gitanilla que, habiendo caído en poder de las cuadrillas de la santa hermandad, fué condenada por bruja á ser quemada viva. La hoguera estaba dispuesta ya para el sacrificio, y aunque la joven esposa de Gauthier no quería presenciar aquel auto de fe, la condesa María de España le rogó que se quedase en el castillo, siquiera por algunos instantes, para ver pasar á la bruja. Cuando la rec pasó por debajo de las ventanas del castillo, asomóse Gauthier para contemplar sus facciones; mas en el acto mismo de verla se puso pálido y se retiró diciendo á su esposa Juana en voz baja:

—¡Gran Dios! ¡Es la muchacha del bosque!

Lanzó Juana un grito al asomarse, y echán-



dose á los pies de María de España, exclamó:

—¡Perdonadla! ¡Perdonadla!

Aunque María de España no podía hacerse cargo de la causa de que la esposa de Gauthier se interesase por aquella mujer, ni podía tampoco perdonarla porque este derecho era una prerrogativa, exclusiva del rey, al menos podía suspender la ejecución de la sentencia. María de España era naturalmente bondadosa y de una piedad ilustrada, y habiendo secundado Gauthier los esfuerzos de su mujer para impretar la misericordia de la condesa, enterneciése ésta merced á la confianza que le inspiraban los dos esposos, y mandó que se suspendiera el sacrificio.

Por la noche Gauthier obtuvo el permiso de entrar con Juana en el calabozo de la hechicera, y á las primeras palabras que le dirigió en castellano, levantó aquélla la cabeza, y dijo:

—Aunque me habéis salvado de la muerte, ó por lo menos, diferido mi suplicio, no quiero daros las gracias, porque ya estaba preparada para morir. Soy descendiente de una raza proscrita y maldecida por los hombres del occidente; pero Dios es grande.

—¿No me reconocéis?—preguntóle de nuevo Gauthier.

Miróle la hechicera algunos instantes, y luego hizo una seña con la cabeza, como para darle á entender que no recordaba haberle visto.

—¿No recordáis lo que pasó la noche del domingo de Cuasimodo en el bosque de Gouferne?

—¡Triste noche, por cierto! Dos mercaderes fueron robados y asesinados; pero el tercero pudo salvarse.

—Pues ese tercero soy yo.

—¡Qué oigo! Pero ¿por qué no habéis encendido la hoguera que debía devorarme?

—Porque nuestro evangelio prescribe la fe, la humanidad, el perdón y la misericordia, esas sublimes virtudes que debe practicar todo buen católico.

Juana tomó la mano de la muchacha porque Gauthier le dió á entender que le estaba hablando de religión. Durante la conferencia, que fué bastante larga, la presa derramó copiosas lágrimas, refirió su vida nómada, y en el acto de despedirse de sus interlocutores empezaba ya á sentir en su alma una nueva luz, la luz del cristiano.

Apenas hubieron regresado á París Gauthier y Juana imploraron y obtuvieron el perdón de la joven morisca. Pocos años después, había en el hospital de leprosos de Alençon una hermana de la caridad conocida con el nombre de Santa Maura y única que tenía el privilegio de mitigar las dolencias de las víctimas de aquella cruel enfermedad que los cruzados trajeron del oriente y que á la sazón empezaba á propagarse por toda la Francia.

La campana bautizada en Alençon fué transportada á Argentan donde dieron en llamarla *La campana del mercader*. Al regalar esta campana, ó por mejor decir, al cumplir religiosamente su voto, Gauthier exigió que se la colocara en una torre de la iglesia de San Germán, y quiso que la víspera de todas las ferias que se celebrasen en el pueblo, la tocasen por espacio de muchas horas al caer de la tarde, para indicar la dirección de Argentan á los viajeros extraviados. En 1781 fué refundida y aumentada en 1,500 libras, de suerte que en la actualidad pesa 5.000.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

—No creo que vuestro padre fuese hombre para dejaros rico,—observé yo.

—Eso sí que es cierto,—replicó Alan;—solamente me quedaron mis efectos y muy poca cosa además. Por eso me alisté en el servicio militar, lo cual no deja de ser un borrón en mi nombre, y se consideraría como una circunstancia agravante si cayera en manos de los de la casaca roja.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Habéis servido en el ejército inglés?

—Sí, pero en Preston me pasé al partido de los que defendían la causa más justa, y esto me consoló.

Yo no pensaba así: parecíame que la deserción con las armas en la mano era una mancha en el honor de un hombre; mas, á pesar de mi juventud, tuve la prudencia de no expresar este pensamiento, y me limité á decir:

—¡Diantre! Creo que eso tiene pena de muerte.

—¡Oh! Si me cogieran, seguramente lo pasaría mal,—contestó Alan,—aunque tengo en el bolsillo el salvoconducto del rey de Francia, y tal vez esto me serviría de algo.

—Lo dudo mucho,—contesté.

—Yo también tengo mis dudas,—dijo Alan.

—Pero, amigo mío,—continué;—siendo un rebelde perseguido, y además hombre que sirve al rey de Francia, vuestra presencia aquí es un reto á la Providencia. ¿Qué os trae á este país?

—Trabajo por mis amigos y mi patria,—repuso Alan.—Sin duda que Francia es agradable, pero á mí me gustan más los grandes bosques y la caza, sin contar que tengo asuntos en otra parte. Mientras recluto gente para el monarca francés, lo cual me vale algún dinero, arreglo los negocios de mi jefe Ardshiel.

—Creí que vuestro jefe se llamaba Appin.

—Sí, pero Ardshiel es el capitán del clan: un grande hombre, descendiente de reyes, y obligado, no obstante, á vivir ahora como un simple particular en una ciudad francesa. El, que tenía á su servicio cuatrocientas espadas, se vió obligado á ir á comprar él mismo el pan y la carne para su alimento diario, limitándose á vivir en una reducida y mísera casa con su familia. Ahora bien: los arrendatarios de Appin deben satisfacer sus cuotas al rey Jorge; pero

como aman á su jefe y quieren serle fieles, basta un poco de presión para que esa pobre gente estruje un poco la bolsa y pague también á mi jefe Ardshiel. Yo soy, David, el encargado de llevar el dinero.

Así diciendo, Alan dió un ligero golpe en su cinto, haciendo resonar las guineas.

—¿Es decir,—pregunté yo,—que se pagan dos contribuciones?

—Justamente,—contestó Alan,—y admírame la facilidad con que se consigue; pero debo advertir que esto se debe á los buenos oficios del amigo de mi padre, Jaime de los Valles. Jaime Stewart, hermano político de Ardshiel, es quien recauda el dinero y lo administra.

Aquella era la primera vez que oía pronunciar el nombre de Jaime Stewart, tan famoso después en la época en que le ahorcaron; pero no me fijé por de pronto, pues sólo pensaba en la generosidad de los pobres montañeses de Escocia.

—Es muy noble proceder el de esa gente,—dije;—y lo reconozco así por más que sea un *whig*.

—Sí, pero, en cambio, sois caballero y no pertenecéis á la maldita raza de los Campbell. Si fuerais el Zorro Colorado...

Al pronunciar estas últimas palabras, Alan rechinó los dientes, y lá cólera descompuso casi sus facciones.

—Y ¿quién es el Zorro Colorado?—pregunté con curiosidad.

—Pronto lo sabréis. Cuando nuestros escoceses fueron derrotados en Culloden y se perdió la buena causa, Ardshiel debió huir como ciervo perseguido por los cazadores; y mientras aun estaba oculto, los pícaros ingleses, que no pudieron arrancarle la vida, usurpáronle en cambio sus derechos, confiscándole cuanto poseía y hasta llevándose las armas de sus nobles partidarios. Lo que no consiguieron sustraer fué el amor de éstos á su jefe, y así lo prueba el oro que llevo encima. Pero héte aquí que poco después se presenta un individuo, un Campbell de cabello rojizo, Colin de Glenure...

—Y ¿es ese á quien llamáis el Zorro...?

—El mismo,—continuó diciendo Alan.—Aquel hombre llevaba papeles del rey Jorge, que le nombraba administrador de las tierras de Appin, y al principio se mostró poco exigente; pero cuando supo que los buenos arrendadores de Appin y sus amigos se esforzaban en proporcionar una segunda renta á Ardshiel y enviarle los fondos, la negra sangre de ese maldito Campbell se dió á conocer bien. ¡Ah! ¡Si el Zorro Colorado llegase á ponerse alguna vez al alcance de mi carabina, Dios le perdone! ¿Sabéis lo que hizo, David? Pues declaró que arrendaría las



grandes secuestradas á los que más diesen, pensando que así alejaría á las Stewarts, á los Macrolls y á los Macrobs, á los mismos que pagaban dos contribuciones; pero éstos ofrecieron más precio que ningún Campbell, y el Zorro Colorado no consiguió su objeto.

—Singular historia,—dijo yo;—y me alegro que aquel mal hombre quedara derrotado.

—¡Derrotado él! Nada de eso: no se da por vencido. Pero el día que me quede libre algún tiempo para darle caza, no hay bosque en toda Escocia donde pueda ocultarse para escapar de mi venganza.

—Nos os dejéis llevar de la cólera, que es mala consejera,—repuse yo.—Nada adelantáis con matar á ese hombre, y por otra parte, no es de buenos cristianos tomar venganza.

—Bien se conoce que os ha educado un Campbell; pero si cualquiera de ellos estuviese en mi lugar, creo que pensaría como yo. Ese infame Zorro Colorado se había propuesto matar de hambre al pobre Ardshiel, y como necesitaba apoyo, envió á buscar abogados y papeles y gente armada, y arrojó de sus hogares á todos los que le hacían sombra.

La cólera de Alan aumentaba de tal modo que creí lo más prudente cambiar de conversación, y para ello comencé por manifestarle que no comprendía cómo, estando la alta Escocia llena de tropas y vigilada cual una ciudad en estado de sitio, le era posible á él ir y venir sin ser detenido.

—Eso es más fácil de lo que creéis,—contestó Alan;—la falda de una colina es para mí lo mismo que un camino. Si hay centinelas en un lado, se va por el otro, y además, la maleza sirve de mucho. Eso de que el país esté ocupado por tropas es una niñada, sobre todo cuando se tienen buenos amigos. Yo he pescado truchas en el río hallándose un centinela en la orilla opuesta, y he ido á descansar junto á un jaral á seis pasos de un soldado que vigilaba.

—También se ha de tener en cuenta,—añadió Alan después de una pausa,—que la Escocia de ahora no es la de hace algunos años. Dicen que está pacificada, más no creo que esto dure mucho hallándose en el destierro hombres como Ardshiel mientras que el Zorro Colorado disfruta de una buena mesa, oprimiendo á los pobres.

Dichas estas palabras, Alan permaneció silencioso durante largo tiempo y entregado, al parecer, á sus amargas reflexiones.

Yo añadiré aquí lo que me resta decir sobre mi amigo. Alan, músico y poeta á la vez, no carecía de cierta instrucción, pues había leído muchas obras inglesas y francesas. Tiraba al blanco admirablemente, y era consumado maestro en la esgrima. En cuanto á sus defectos, no

dejaba de tener algunos; pero el mayor era su exagerada susceptibilidad, que le inducía á considerarse ofendido por la menor cosa, aunque conmigo no lo hizo así, tal vez agradecido por el auxilio que le presté en la cámara. A mi amigo le agradaban los hombres valerosos sin hacer alarde de su propio mérito como tal, y por eso admiraba yo más su intrepidez.

XIII

EL NAUFRAGIO DEL BERGANTÍN

Era ya bastante entrada la noche, y no dejaba de ser oscura, aunque no lo bastante para no permitírnos distinguir los objetos á cierta distancia. Todavía hablábamos cuando el capitán llamó á la puerta de la cámara.

—Hacedme el favor de salir, y ved si podéis prestarme auxilio,—dijo.

—¿Preparáis alguna otra jugarreta?—preguntó Alan.

—No estamos ahora para eso: se ha de pensar en otras cosas, porque el bergantín está en peligro.

Por la mirada del capitán, y sobre todo por su aspecto grave, pudimos reconocer que hablaba muy de veras, y por lo tanto, Alan y yo salimos á cubierta sin gran temor de que nos hiciera traición.

El cielo estaba claro, pero soplaban un viento fuerte y frío, y la luna brillaba en todo su esplendor. El bergantín se hallaba situado en disposición para dar la vuelta por el ángulo sudoeste de la isla de Mull, cuyas colinas se distinguían á babor. Aunque aquel punto no era favorable para la navegación, el *Covenant* avanzaba rápidamente, empujado por la fuerza de las olas.

La noche no me parecía del todo mala para nuestro viaje, y ya comenzaba á extrañar que el capitán estuviese tan preocupado, cuando el buque se elevó de pronto á mayor altura, y Hosseson nos gritó que mirásemos. Entonces vimos á cierta distancia una especie de surtidor inmenso, y seguidamente oyóse un rumor sordo.

—¿Cómo llamáis á eso?—preguntó el capitán con acento lúgubre.

—Son las rompientes de un arrecife,—contestó Alan;—pero ahora sabemos donde está, y por lo pronto es una ventaja. ¡Ah, si fuera ese el único!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, divisamos una especie de fuente por la parte del sur.

—¡Ya lo estáis viendo!—exclamó el capitán.—Si yo hubiera conocido estos arrecifes, si yo hubiera tenido una carta hidrográfica, ó si Shuan

no se hallara en el fondo del mar, no digo por sesenta guineas, sino aunque me hubierais dado seiscientas, habría arriesgado yo el bergantín en semejante paraje. Pero ¿no habéis dicho que nos dirigiríais?

—Estoy pensando,—repuso Alan,—que eso es lo que llaman las Rocas de Torran.

—¿Hay muchas?

—A decir verdad, yo no soy piloto: pero tengo idea de que se prolongan en la extensión de diez millas.

Hoseason y Riach se miraron silenciosamente.

—Supongo que habrá algún paso entre ellas.

—Indudablemente, pero no sé dónde, aunque me parece que el paso estará más expedito cuanto más nos acerquemos á tierra.

—Pues entonces,—dijo el capitán á Riach,—deberemos aproximarnos todo lo posible al promontorio de Mull, y aun así corremos grave peligro. Nos hemos metido en un mal paso, y parecéme que vamos á quedar todos aquí.

Así diciendo, dió una orden al timonel, y envió á Riach á la cofa de trinquete. Sólo había cinco hombres en cubierta y de ellos sólo tres disponibles para la maniobra, pues los otros dos estaban heridos. Riach era quien debía comunicarnos al punto sus observaciones sobre cuanto viese.

—La mar está muy gruesa por el sur,—gritó á poco,—y parece más tranquila cerca de tierra.

—Está bien,—dijo Hoseason á Alan;—vamos á seguir vuestro consejo; mas me parece que tanto valdría fiarse de un ciego. ¡Dios quiera que tengáis razón!

—Dios lo quiera,—repitió Alan,—pero, de todos modos, lo que haya de ser será.

A medida que avanzábamos, los arrecifes parecían más numerosos á nuestro paso, y Riach nos gritó varias veces que cambiáramos de rumbo; pero la última que lo hizo teníamos un arrecife tan cerca que cuando las olas se estrellaron contra él, el agua cayó sobre cubierta como una lluvia.

Aunque era de noche, podíamos reconocer aquellos peligros perfectamente, y por lo mismo nos inquietaban más. El capitán permanecía en pie junto al timón, apoyándose tan pronto en un pie como en otro y soplándose á veces las manos, aunque siempre con su acostumbrada gravedad. Ni él ni Riach se habían distinguido en la refriega, pero comprendí que eran valerosos en su oficio, y admirélos tanto más cuanto que observé que Alan estaba muy pálido.

—¡Animo!—gritóme el caballero.—Esto no es en rigor la muerte.

—¡Cómo!—exclamé yo.—¿No teméis nada?

—No,—contestó el caballero humedeciéndose

los labios;—pero comprenderéis que esta es una muerte muy fría.

Orzando tan pronto á un lado como á otro para evitar un arrecife, dimos la vuelta á Jona, acercándonos á Mull. Un hombre estaba en el timón, y el mismo Hoseason ayudaba de vez en cuando en la maniobra, siendo de ver como aunábamos todos nuestros esfuerzos para retroceder del peligro. De repente Riach anunció desde su observatorio que veía agua clara.

—Teníais razón,—dijo entonces Hoseason al caballero;—habéis salvado el bergantín, y lo tendré presente cuando ajustemos cuentas.

Yo creo que el capitán quería decir con esto algo más de lo que sus palabras expresaban; pero tanto apreciaba su buque, que no me cabe duda que en aquel momento estaba muy agradecido.

Como quiera que sea, el resultado no fué el que esperábamos.

—¡Orza un poco!—gritó Riach.—¡Arrecife á bariovento!

En el mismo instante las olas impelieron al bergantín, que, siguiendo el impulso del viento, fué á chocar contra el arrecife, con tal fuerza, que todos caímos en la cubierta, incluso Riach, situado en su observatorio.

Yo me puse en pie al punto. El arrecife en que acabábamos de chocar hallábase en la extremidad sudoeste de Mull, fuera de una isleta llamada Earraid, que parecía un punto negro. Unas veces las olas se precipitaban contra nosotros, y otras mugían alrededor del bergantín, haciéndonos comprender que el buque se hacía pedazos. El rumor de las velas, el bramido del viento, el agua que nos inundaba y la impresión del peligro, eran cosas suficientes para transformar á un hombre más tuerte que yo, y apenas podía comprender lo que estaba viendo.

De pronto vi á Riach y á los marineros muy ocupados alrededor del bote. Corrí hacia ellos y presté mi auxilio; pero no era nada fácil la tarea, pues el tal chinchorro contenía cadenas y otros efectos, y hallábase colocado en el sitio más expuesto á las olas, que nos hacían retroceder á menudo.

Entretanto los heridos que podían andar llegaron también para ayudarnos; mientras que aquellos á quienes no era posible abandonar su sitio, gritaban para que los salvaran.

El capitán no hacía nada; parecía estar aturdido, y seguramente apenas se daba cuenta de lo que sucedía á su alrededor. El bergantín era para él lo que para cualquier otro hombre la familia: habíase mestrado casi indiferente por la desgracia del pobre Ransome, pero sólo la idea de perder su buque causábale sin duda tormentos indecibles.

Mientras trabajábamos para desprender el bote, recuerdo que pregunté á Alan, mirando á tierra, qué país era aquél, y contestóme que el peor para un Stewart, porque pertenecía á los Campbells.

Uno de los heridos se había encargado de observar el mar mientras descolgábamos el bote para botarlo al agua; y ya íbamos á efectuar la operación, cuando nuestro vigía dió un grito, exclamado:

—¡Por amor de Dios, deteneos!



Un hombre estaba en el timón, y el mismo Hoseason...

Por su voz comprendimos que ocurría alguna cosa extraordinaria, y en efecto, un momento después enormes olas elevaron el buque á gran altura, tumbándole después de costado. Ignoro si oí el grito demasiado tarde ó si mi mano fué demasiado débil para resistir el esfuerzo; pero lo cierto es que de pronto mi vi en medio del mar.

Hundíme al principio, tragando mucha agua. Volví á subir á la superficie, y sumergíme de nuevo. Dícese que cuando un hombre se sumerge por tercera vez ya no sale más; pero á

mí no me sucedió así, pues aparecí y desaparecí varias veces, siendo empujado de una parte á otra con una rapidez que me aturdió. Confieso que en aquel instante la cosa era tan nueva para mí, que no experimenté tristeza ni temor.

Muy pronto eché de ver que estaba agarrado á una tabla, la cual me ayudaba bastante; y de improviso me encontré en agua tranquila y comencé á volver en mí.

Aquella tabla era la misma á que yo me había agarrado, y no me causó poca extrañeza ver cuán lejos estaba ya del bergantín. Entonces grité, pero evidentemente ya no podía oírme nadie, y tampoco me fué posible ver si el bote estaba en el mar.

Poco después llegué á un sitio en que había poco oleaje, aunque las aguas parecían alborotadas. Sin duda estaba ya fuera del alcance de aquella fuerte marea, que, después de lanzarme de un lado á otro, habíame arrojado lejos de sí. Hallábame en aquel momento en una calma relativa, y comenzaba á comprender que podía morir de frío, ya que no me había ahogado. Las orillas de Earraid estaban muy cerca, y veía los brezos y la mica que brillaba en las rocas.

—¿No me será dado llegar hasta allí? —me pregunté.

Yo no era nadador, pues en mi pueblo los jóvenes no tienen el elemento necesario para ejercitarse; pero, cogido á la tabla con ambos brazos, comencé á mover los pies rápidamente y pude observar que avanzaba, aunque con lentitud. Mucho hube de esforzarme, y á veces experimentaba mortal angustia; mas al cabo de una hora llegué á una playa arenosa rodeada de colinas bajas.

El mar estaba allí muy tranquilo, las aguas no producían allí rumor alguno; mas en cambio jamás había visto un lugar tan triste y desierto. De todos modos hallábame ya en tierra firme, y cuando al fin pude andar con paso seguro, olvidé mi fatiga para dar gracias á Dios pensando que en ninguna otra ocasión podría estar más obligado á ello.

XIV

EL ISLOTE

Al ganar la orilla salvadora, comenzó la parte más triste de mis aventuras.

(Se continuará).

EL APRENDIZ DE PIRATA

NARRACION DE FELIPE ASHTON

El 15 de junio de 1722, después de haber estado algún tiempo á bordo de una goleta con cuatro hombres y un grumete fuera del Cabo de las Arenas, marché á Puerto Rosaway, con la intención de permanecer allí todo el domingo. Habiendo llegado á eso de las cuatro de la tarde, vimos, entre otros buques anclados en el puerto, un bergantín que, según se dijo, debía hacer rumbo para las Indias Occidentales.

para quedar á su servicio, pero me opuse energicamente, y hube de sufrir por ello muy malos tratamientos. Al fin, otros cinco prisioneros y yo fuimos conducidos al castillo de popa, donde el mismo Low, acercándose á nosotros con una pistola en cada mano, nos preguntó con voz estentórea si éramos casados. Estas inesperadas palabras, y la vista de las pistolas con que nos amenazaban, nos dejaron mudos de estupor; pero menos nos inquietó el secreto significado que podría tener la pregunta que no la violenta amenaza, y, por lo tanto, ninguno de nosotros contestó.

—¡Responde pronto, perro!—gritó el pirata, acercando una de sus pistolas á mi cabeza y



No habíamos estado más de tres ó cuatro horas en el puerto, cuando vimos dirigirse hacia nosotros un bote del bergantín, montado por cuatro hombres, los cuales, saltando de improviso á la cubierta de nuestra goleta, armados de pistolas y cuchillos, nos intimaron la entrega del barco. Todas las observaciones fueron inútiles; no sabíamos quién era aquella gente, y el ataque fué tan repentino, que ni siquiera pensamos en oponer resistencia.

No fuimos nosotros los únicos á quienes ocurrió este percance, pues trece ó catorce barcos pecadores fueron sorprendidos de igual manera aquella misma noche.

Cuando salté á bordo del bergantín, ví que estaba en poder de Ned Low, infame pirata, cuyo buque estaba armado de dos cañones de grueso calibre, siendo su tripulación de unos cuarenta y dos hombres. Se me ordenó firmar los artículos de convenio usados entre los piratas

profiriendo una horrible blasfemia.—¡Responde ó mueres ahora mismo!

Estas palabras me aterraron; pero el amor á la vida se sobrepuso á todo, y contesté tan alto como pude que no estaba casado.

Mi respuesta pareció dulcificar un poco al pirata y volviómela la espalda.

Según supe después, Low no quería llevar ningún hombre casado á bordo de su buque, lo cual me pareció extraño y no me lo expliqué hasta después de haber estado algún tiempo en su compañía.

El pirata había quedado viudo hacía algún tiempo, antes de ser lo que entonces era, y tenía en Boston un niño, al que amaba tan tiernamente, que en todos sus intervalos de lucidez, después de embriagarse, se le veía llorar algunas veces, murmurando su nombre. De esto deduje que el empeño de Low de no llevar á bordo más que hombres solteros era porque deseaba

que su tripulación no tuviese esposa ni hijos que les distrajeran del servicio, haciéndoles pensar continuamente en volver á sus casas.

Los piratas, viendo que la fuerza era inútil para obligarnos á permanecer en su compañía, apelaron á los medios de persuasión. Comenzaron por halagarme con la perspectiva de la parte que me correspondería en el botín, haciéndome ver que, al fin, llegaría á ser rico, y empeñáronse en que bebiese con ellos.

Todo esto no bastó para seducirme, y aun persistí en rechazar sus proposiciones. Entonces Low, poseído de cólera, amenazóme otra vez con la muerte, y, por más que me resistí, él y los suyos inscribieron mi nombre y los de mis compañeros en sus libros.

El 19 de junio, los piratas cambiaron de buque, trasladándose á bordo de una goleta por ellos capturada algún tiempo antes. Hecho esto, reunieron en el bergantín á todos los prisioneros, á quienes se proponían dejar en libertad, y enviáronles á Boston. Yo hice una tentativa para que me dejaran marchar también, y lo pedí de rodillas; pero Low no quiso acceder.

La falta de agua obligó al pirata á dirigirse á Granada, colonia francesa. Low, después de ocultar todos sus hombres, excepto los necesarios para la maniobra, dijo á las autoridades que procedía de las Barbadas, que estaba falto de agua y que iba á buscarla allí.

Nadie sospechó al principio que fuese un pirata; pero después pensóse que tal vez sería un contrabandista y que la ocasión era favorable para apoderarse de su goleta.

Al día siguiente, por lo tanto, equiparon un bergantín de 70 toneladas y 4 cañones, y montado por 30 tripulantes, enviáronlo para hacer la captura.

El barco se acercó sin que el pirata pudiera sospechar su designio; pero comprendiéndolo, al fin, por la manera de maniobrar, llamó á cubierta 90 hombres; y como tenía 8 cañones preparados, apoderóse fácilmente de la goleta francesa.

Dueños ya de dos buques, los piratas comenzaron á cruzar por las Indias Occidentales, hicieron ocho presas más, y llegando, al fin, á la isla de Santa Cruz, apoderáronse de otros dos.

Al día siguiente hicimos rumbo hacia una isla llamada Utila, situada á 8 leguas de la isla de Roatan, en la bahía de Honduras, donde se limpiaron los fondos de la goleta.

El 9 de marzo de 1723, el cocinero y tres hombres iban á dirigirse á tierra en una lancha para buscar agua, y cuando aun estaban junto á la goleta, rogué al cocinero que me permitiese acompañarles. El hombre vaciló, pero me admitió, al fin, en la lancha. El pirata y su gente

hallábanse en otro islote, y no debía temerle por de pronto. No llevaba más ropa que la puesta, sin camisa, ni zapatos ni medias; no llevaba más que pantalón, camiseta interior y un gorro.

Apenas desembarcamos, comencé á trabajar con mucha actividad para sacar los barriles de la barca y arrastrarlos hacia el sitio donde se obtendría el agua suficiente. Yo bebí mucha, porque tenía una sed abrasadora, y después me entretuve en coger algunas piedrecillas y conchas.

Cuando me hallé á la distancia de un tiro de fusil de mis compañeros, comencé por acercarme al lindero de un bosque; y como el cocinero me preguntase que á dónde me dirigía, contestéle que iba á buscar cocos; pero cuando estuve bastante lejos para no ver á nadie, eché á correr con toda la ligereza de mis piernas, atravesando la espesura sin hacer aprecio de los guijarros que me laceraban los pies, y me oculté en un espeso matorral, en la confianza de que no me encontrarían allí.

Cuando juzgué que mis compañeros se habían marchado ya, salí de mi escondite y dirigíme á un arroyo situado como á una milla donde se habían llenado los barriles, y, sentándome á la orilla, observé las maniobras de los piratas.

Con indecible satisfacción, al cuarto día ví que la goleta se alejaba, y entonces comencé á reflexionar sobre mi triste situación. Hallábame en una isla, sin medios para salir de ella. Apenas tenía ropa; faltábanme las provisiones, y á fin de ver si había medios para vivir allí, comencé á recorrer toda la isla, que podría tener diez ó doce leguas de longitud y se hallaba situada á los 16° 30' de latitud norte; pero bien pronto eché de ver que mis únicos compañeros serían las fieras en el bosque y las aves en los aires, pues no había por allí rastro ni vestigio de vivienda alguna, aunque de vez en cuando encontraba algunos restos de objetos de barro, sin duda de los indios que en otro tiempo habitaban allí.

Cierto día, en ocasión de hallarme escarbando en la arena con un palo para ver si encontraba algún huevo de tortuga, pues no ignoraba que los ponían en la arena, saqué parte de uno, y, prosiguiendo mi excavación, ví unos ciento cincuenta, depositados allí hacía poco, al parecer. Regocijado con este descubrimiento, comí algunos, y coloqué otros en una hoja de palmera, que puse al sol; así se endurecieron, y parecíéronme más agradables al paladar. Aquel alimento no era, en realidad, muy sabroso, pero no debía despreciarle, porque así no me vería obligado á comer siempre fruta.

Observé que en la isla no faltaban las serpientes; una de las especies mide unos 14 pies

de longitud, y es tan gruesa como la cintura de un hombre, pero no venenosa. Cuando se entregan al descanso, parecen troncos de árboles viejos cubiertos de musgo, aunque generalmente toman la posición circular. La primera vez que ví uno de aquellos reptiles habíame acercado mucho antes de reconocer que fuese una serpiente; abrió la boca lo bastante para introducir en ella un sombrero, y su aliento llegó hasta mi rostro.

En aquella isla hay una mosca negra muy enojosa, tanto, que por muchas comodidades que se tuvieran allí, al fin sería forzoso buscar otro islote, donde los vientos alejasen á esa especie de molesto díptero.

Nueve meses llevaba en aquella soledad, sin haber visto nunca un solo ser viviente. Los días pasaban uno tras otro, sin que apenas me diese ya cuenta de ello, sin trabajo ni pasatiempo de ninguna especie y ocupándome tan sólo en buscar qué comer.

Había construido una choza para preservarme del sol durante las horas del día y de la intensa humedad de la noche. Algunas ramas gruesas desprendidas de los árboles, que sujeté en sólidas estacas, y las hojas más grandes de palmera me sirvieron de materiales, tan á propósito para el caso, que levanté varias chozas, generalmente cerca de la playa, con la entrada frente al mar, para disfrutar mejor de la brisa, y porque así me inquietaban menos los insectos.

Sin embargo, estos últimos me molestaban de tal manera que pensé trasladarme á cualquiera de los islotes adyacentes para disfrutar de algún reposo. Por desgracia, no era yo buen nadador, como ya he dicho; faltábame una canoa, y no tenía medios para construirla; pero, al fin, me aventuré con una gruesa caña de bambú, en medio de las olas, y dirigíme al islote más próximo.

Sin embargo, érame preciso trasladarme muy á menudo á mi primer islote para buscar el alimento necesario.

Estas excursiones no dejaban de ser algo peligrosas. Recuerdo que una vez, cuando pasaba desde la isla grande á la pequeña, el bambú se

me escapó de las manos por un descuido mío, y la corriente era tan violenta, que con gran dificultad conseguí llegar á tierra.

Otro día mi pie tropezó con un tiburón cuando ya estaba yo muy cerca de la orilla; y como había poca agua, el monstruo quedó encallado. Gracias á esto, escapé de la muerte, porque el animal no pudo colocarse bien para morder.

Lo que más me perjudicaba era estar descalzo; el suelo del bosque estaba cubierto de fragmentos de ramaje y piedras; en la playa pisaba á cada paso conchas rotas y pequeños guijarros, y, al fin, se me laceraron los pies de tal manera, que las heridas no me permitían apenas andar algunas veces. Cuando en una de ellas se introducía algún cuerpo extraño, mis padecimientos



eran horribles, y tal mi angustia, que las lágrimas se me saltaban de los ojos. La idea solamente de que debía andar me aterraba.

Cierta día ví con sorpresa un enorme jabalí que se dirigía en línea recta hacia el sitio en donde yo estaba. Por de pronto, no supe qué hacer, pues no tenía fuerza ni medios para resistir un ataque; pero cuando estuvo ya muy cerca, me agarré á la rama de un árbol suspendiéndome de ella en parte. El animal rasgó un pedazo de mis ya destrozados pantalones con sus enormes colmillos y alejóse rápidamente. Aquella era la primera vez que me atacaba una fiera, y me regocijé de haber salido sano y salvo del apuro.

Siempre ocupado el pensamiento en mi futura suerte, si tan aflictiva situación se prolongaba mucho, al fin perdí la cuenta de los días de la



semana, y no supe ya cuando era domingo, ó lunes ó martes. Mi enfermedad se agravó más aún, y entonces ignoré hasta el mes en que vivía.

Un día del mes de noviembre de 1723 divisé una canoa que se acercaba, tripulada por un solo hombre; pero no me causó mucha impresión, y permanecí sentado en la playa, pensando

que no podía esperar ningún amigo, y no debía temer enemigo alguno, al que, por otra parte, no hubiera podido resistir.

Aquel extranjero resultó ser natural del Norte de Bretaña. Era de edad bastante avanzada, de aspecto venerable y, al parecer, de carácter reservado. No me dijo cómo se llamaba, ni se lo

pregunté tampoco; pero me refirió que había vivido veintidós años con los españoles, pero que éstos le amenazaban ahora con quemarle vivo, no sé por qué crimen, y por esta razón había huido hacia un islote, llevando consigo su perro, su carabina y municiones, así como también una pequeña cantidad de tocino. Tenía intención de pasar el resto de su vida en la isleta, donde podría alimentarse con la caza.

El desconocido me trató con mucha amabilidad, mostrándose dispuesto á prestarme auxilio en cuanto pudiera, y dióme una parte de sus víveres.

Al tercer día de su llegada, díjome que deseaba emprender una excursión en su canoa para

Gracias á sus auxilios, y, sobre todo, al fuego, comencé á recobrar fuerzas, aunque las llagas de los pies no se curaban. También érame fácil coger cangrejos, que constituían para mí el más delicado alimento. Para pescarlos bastábame encender una hoguera; aquellos crustáceos llegaban hasta mis pies, y con ayuda de un palo arrojábanlos á tierra.

A los dos ó tres meses de haber perdido á mi compañero, encontré una canoa encallada en la orilla, y la vista de aquel objeto me hizo pensar en el infeliz, pues juzgué que era su embarcación, que se habría perdido en la tempestad; pero al examinarla más de cerca, pude cerciorarme de que no la había visto antes.



visitar las islas inmediatas. á fin de cazar algún ciervo ó jabalí, é invitóme á ir con él. Aunque me hallase reanimado con aquella compañía y con el calor del fuego que pude encender, sin contar que el alimento disminuyó mi debilidad, como tenía los pies tan llagados, no me sentí con fuerzas para acompañar al desconocido, y, en su consecuencia marchó solo, diciéndome que volvería á las pocas horas. El cielo estaba sereno y no había señales de peligro alguno, tratándose de una excursión corta; pero una hora después de haberse marchado mi compañero comenzó á soplar un viento huracanado, estallando una violenta tempestad, durante la cual perecería, sin duda, mi compañero, pues no volví á saber nada de él.

Dueño de aquella pequeña canoa, comencé á crearme almirante en aquellos mares, así como único poseedor y jefe de los islotes. Con ayuda de esta embarcación podía trasladarme de un punto á otro mejor que nadando, y al poco tiempo proyecté trasladarme á alguna de las islas más grandes, no solamente para reconocerlas y ver si estaban habitadas, sino á fin de distraerme un poco.

Después de poner en la canoa una buena cantidad de higos, un poco de carne de tortuga y lo necesario para encender fuego, enderecé el rumbo hacia la isla de Bonacco, que mide cuatro ó cinco leguas de longitud y se halla situada á cinco ó seis de Roatan.

En el transcurso del viaje, y como divisara

una goleta hacia la extremidad E. de la isla, seguí la dirección O., proponiéndome seguir mi camino por tierra, no solamente para evitar un promontorio que avanzaba mucho en el mar, sino porque deseaba averiguar algo sobre aquel buque antes de que me vieran. Hasta en las peores circunstancias, no podía avenirme con la idea de hallarme en un barco pirata, y prefería vivir á morir en mi presente situación.

Mis pies se hallaban en tal estado que necesitó dos días y dos noches para el viaje, y á veces la espesura del bosque era tan enmarañada que me era forzoso arrastrarme de rodillas, por lo cual avanzaba muy poco á poco.

Cuando estuve á una milla ó dos del sitio donde, á mi modo de ver, debía estar la goleta, me acerqué á la orilla del agua: mas al llegar no divisé barco alguno, lo cual me hizo creer que habría proseguido su viaje mientras yo estaba en el bosque.

Tal era mi cansancio, que me apoyé contra el tronco de un árbol, mirando siempre al mar, y allí sobrecogiome un pesado sueño; mas al poco tiempo despertome el rumor de algunas detonaciones.

Muy sorprendido, miré á todos lados y ví nueve piraguas ó grandes canoas, tripuladas por varios hombres, que hacían fuego contra mí desde el mar. Poseído de terror, precipitéme hacia la espesura del bosque con tanta ligereza como mis pies lo permitían, mientras que los hombres, que eran españoles, gritaban:

—¡Ven acá, inglés que no te haremos daño!

Sin embargo, tal era mi espanto y mi sorpresa, que no me detuve á escuchar las voces de aquella gente, sino que, penetré más en el bosque, y los extranjeros siguieron haciéndome fuego con tal insistencia que conté hasta ciento cincuenta detonaciones, y muchas de las balas rompieron el ramaje muy cerca de mí.

Al llegar á una densa espesura, donde ya los proyectiles no podían alcanzarme, me eché al pie de un árbol, y allí permanecí algunas horas, hasta que, reconociendo, por el ruido de los remos, que los extranjeros se alejaban, acerquéme de nuevo al mar. Entonces ví que la goleta navegaba con pabellón inglés, arrastrando tras sí las canoas, lo cual me hizo suponer que era algún buque que habría estado en la bahía de Honduras, donde los españoles lo apresarian.

Al día siguiente volví al mismo árbol donde fui sorprendido la víspera, y no me admiró poco ver seis ó siete balas clavadas en el tronco, á menos de un pie de distancia del sitio donde yo apoyaba la cabeza.

Después de esto, emprendí la marcha de nuevo para recobrar mi canoa, que debía estar en la extremidad occidental de la isla, á la cual llegué al cabo de tres días. Ví que no era tan rica como la de Roatan; y tanto es así, que á los cinco ó seis días de hallarme en ella, apenas encontraba ya el alimento necesario. Por otra parte, los insectos eran mucho más numerosos y no me dejaban un momento de descanso, por lo cual, embarcándome otra vez en mi canoa, hice rumbo hacia Roatan, que era un palacio comparada con Bonacco.

Una tarde del mes de febrero de 1725 estalló una furiosa tempestad que duró tres días, y ví varios buques en el puerto.

El más grande estaba bastante lejos; pero un bergantín se acercó mucho para abastecerse de agua, y después destacó un bote. Parecióme, á juzgar por el traje, que tres de los tripulantes eran ingleses, y entonces me dejé ver en la playa.

Apenas me divisaron, dirigieronme la palabra para informarse de quien era yo y que hacía allí.

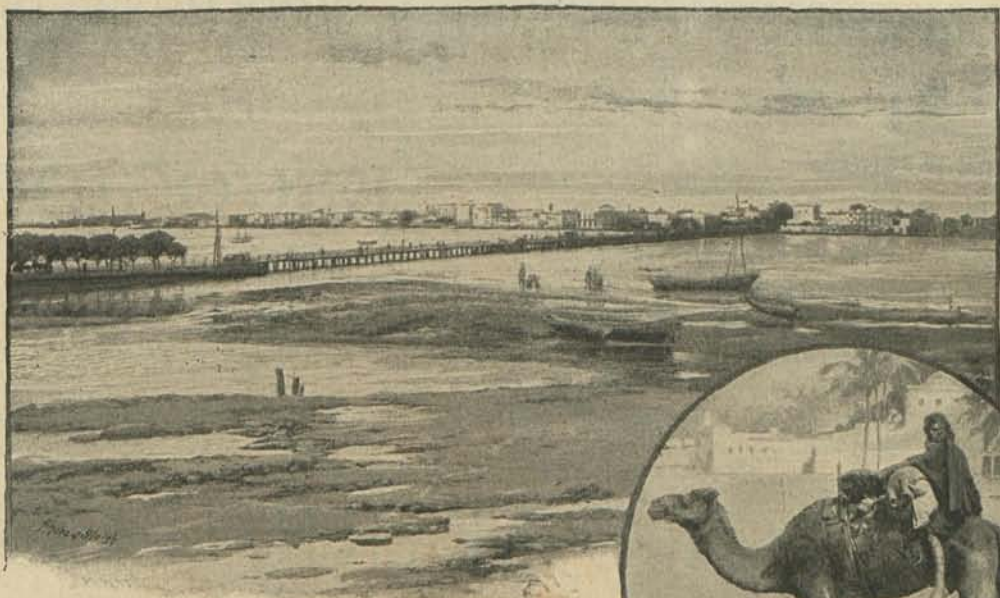
Yo les contesté que podían acercarse sin temor, y pocos momentos después, el bote llegó á la orilla. La conferencia que tuve con los tripulantes fué para mí la salvación. El bergantín pertenecía á una escuadrilla inglesa con rumbo á Jamaica; pero los demás buques habían debido separarse durante la tempestad.

El *Diamante*, donde iba el jefe, había enviado el bergantín para abastecerse de agua, pues los enfermos que llevaba á bordo aumentaron el consumo.

Al día siguiente, provisto ya de agua el capitán, nos hicimos á la vela.

Sin ningún contratiempo, franqueamos el golfo de la Florida, y dimos vista, por fin, al puerto de Salem, cerca del cual habitaba mi padre, el 1.º de marzo, es decir, á los dos años, diez meses y quince días de haber caído en poder de los piratas. Aquella misma noche llegué á la casa de mi familia, donde fui recibido como hombre á quien se creía difunto.





VISTA GENERAL DE SAN LUIS.—SENEGAL

CHARADA

Prima dos-prima dos una
 peligrosa enfermedad
 que, en islas que ya perdimos,
 es, casi siempre, mortal.
Librate de un dos-primer,
 pues también puede matar,
 ó por lo menos hacer
 alguna barbaridad.
Cuarta tercera la espiga
 y otros muchos frutos más,

el sol, de alegría fuente
 para nuestra Humanidad.
 Lo que está *cuatro, tres cuatro,*
 mucho lo verás brillar
 si, por pereza ó descuido,
 no se deja de limpiar.
Mi segunda es un artículo,
cuarta, nota musical
 y un río, á más de un color
 en mi *todo* has encontrado.

La solución en el próximo número.



Solución al logogrifo del número anterior. — AS aso osa oca caos SACO COSA.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88



VISTA DEL PUERTO DE SAN LUIS.—SENEGAL



HISTORIA DE LA EUROPA MODERNA, por Alfredo Opisso.—Dos tomos en tela, 15 ptas.

BRAZO DE HIERRO, por Eduardo Blasco.—30 cuadernos que forman 2 tomos, 15 ptas. Encuadernada, 19 ptas.

EL PRIMER AMOR, por Alvaro Carrillo.—33 cuadernos que forman 2 tomos, 16'50 ptas. Encuadernada, 19'50 ptas.

GIL BLAS DE SANTILLANA, por M. Le Sage.—15 cuadernos que forman 1 tomo, 7'50 ptas. Encuadernada, 10'50 ptas.

AMAR Y MORIR, por Alvaro Carrillo.—25 cuadernos que forman 2 tomos, 12'50 ptas. Encuadernada, 15'50 ptas.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por Alfredo Opisso.—Un tomo en tela, 7'50 ptas.

CUENTOS

ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 ptas.

POR TODO MARRUECOS

POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Un tomo en tela, 7'50 ptas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Bule, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coquerville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Kosiah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.